

Herencia y testimonio: la historia como tarea

“**L**a herencia no es nunca algo *dado*, es siempre una tarea. Permanece ante nosotros de modo tan indiscutible que, antes mismo de aceptarla o renunciar a ella, somos herederos, y herederos dolientes, como todos los herederos. *Ser es ... heredar*”¹. Con estas palabras, tomadas de *Espectros de Marx*, Derrida nos devuelve el sentido profundo de una reflexión sobre la historia y sobre la imagen del tiempo que la subyace, allí donde el pasado no es ya un tiempo concluido, que dejamos a nuestras espaldas perdido ya irremediadamente, sino que se presenta, sobre todo, como una tarea, algo ante nosotros que nos llama, aún antes de habernos decidido a acogerlo o rechazarlo. El sentido del testimonio está en este gesto que nos espera y que recoge en el lenguaje el pasado que no pasa. Un gesto de consideración y atención, que presupone una imagen del tiempo y de la historia, no ya pautada por la sucesión del antes y el después, sino por la discontinuidad y la disyunción. Es, de hecho, en las rupturas del tiempo, en esos vacíos donde la sucesión se fragmenta y el presente vivo no coincide consigo mismo, donde se revela desde el fondo de la historia la figura que Derrida define, con una expresión sugerente e inquietante, el espectro. Figura fantasmal que deambula, como el padre de Hamlet, en los márgenes de la historia como testimonio de un destino inacabado que reclama justicia.

La estructura de la herencia se mantiene en la cavidad abierta de un tiempo no adecuado, de un presente que desvela sus expectativas, donde lo visible deja entrever en sus desgarrones lo invisible que lo envuelve y constituye su trama secreta.

Escribe María Zambrano -cuya vida recorre el destino trágico, no de la muerte, sino de una casi muerte, como ella llama al larguísimo exilio al que se vió obligada por haber vivido en España un presente no adecuado- en un libro dedicado a Antígona:

“Aquí, en la historia, lo que en estas tumbas de la verdad germina y trasciende no es visible sino en ciertos momentos, en otros no se ve y nunca acaba de verse. Nunca puede ser apresada en un concepto, ni en una idea, como toda verdad en estado naciente”².

Tumbas de la verdad que pavimentan el accidentado camino de la historia, figuras sin rostro, como los hombres infames de los que habla Foucault, que discurren por los bajos fondos de la historia. Ser heredero es narrarlos, mezclar la propia voz a la suya, encontrarlos en las fracturas del tiempo para restituirlos a la presencia. No se trata de reconstruir sus asuntos en la ilusión de que baste saber para no repetir, ni de mantener viva su memoria, allí donde sea posible, confiando en que baste con recordar. Tanto reconstruir como recordar se refieren al pasado como un tiempo acabado que retorna con sus escombros en la forma de

¹ J. Derrida, *Espectros de Marx*, tr. de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, Madrid, Trotta, 1995, pp. 67-68.

² María Zambrano, “La tumba de Antígona” en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 216.

una advertencia. Pero el Angelus Novus de Klee, que Walter Benjamin capta en el instante en que, vuelto hacia el pasado, querría detenerse para levantar a los muertos y recomponer la ruptura, es arrastrado hacia el futuro al que, sin embargo, vuelve la espalda. En esta posición, que en el texto benjaminiano tiene un fuerte valor simbólico, se revela ese entendimiento secreto entre generaciones por el que somos esperados como somos herederos. Espera y herencia se encuentran aquí en el umbral de la historia indicándonos una tarea, dejándonos una dote, diría Benjamin, sobre la que el pasado tiene un derecho. No una advertencia para no repetir, sino una tarea de verdad para hacer visible lo que ha sido y abrirlo así de nuevo a la posibilidad.

Tampoco la verdad en estado naciente, que dice María Zambrano, y que sólo en ciertos momentos se hace visible, aunque jamás tenga un final, se refiere al pasado, sino a nuestro presente, a la injusticia que lo desajusta y que esa verdad hace transparente.

Antígona, Eloísa, Diótima, sombras de mujeres que han luchado contra la injusticia del poder nos hablan ahora y aquí, en el presente que vivimos, como Casandra y Medea en las palabras de Christa Wolf, como tantos otros nombres de mujer que cuajan la historia, anudados por el destino trágico de haber perdido la vida en nombre de otra ley, de otro sentido de la existencia. Una genealogía femenina que discurre como un hilo sutil en la trama de la historia hecha y escrita por los hombres, marcando un modo diferente de estar en el mundo, otro orden de prioridades, un cuidado del tiempo y de lo humano que privilegia la vida sobre la muerte. Son ellas las que nos restituyen la pesada tarea de asumir en nuestro presente el sentido de un testimonio que las sustraiga del olvido y que sea palabra de verdad. Sólo el pasado que se asume en la conciencia histórica de un pueblo no vuelve bajo forma de fantasma a repetir su tragedia, pero esto es posible cuando este pasado no es apartado en la ilusión de que se desvanezca, sino

que se entrega a su verdad; la historia que encuentra la verdad es la que no vuelve, no puede volver, indica María Zambrano en su *Carta sobre el exilio*.

Para María Zambrano el pasado se manifiesta en modo cóncavo y discontinuo, en fragmentos de tiempo que dejan la huella de pasos sobre los que hay que volver, detenerse, devolverles aquello que eran o, mejor, estuvieron a punto de ser. El teatro de máscaras que la historia apócrifa pone en escena esconde un mundo subterráneo de enterrados vivos, víctimas predestinadas a un sacrificio que alimenta, como su secreto resorte, el curso de la historia auténtica. Dos imágenes de la historia imbricadas como dos maderos que se superponen en forma de cruz, en cuyos intersticios padecen su suplicio las víctimas propiciatorias de la historia humana.

A través de ellos, entre subidas y caídas, silencios y oscuridades, la pálida luz de la verdad avanza en la historia, se hace conciencia del pasado. Una verdad que no debe ser entendida según un modelo ideal o salvífico, sino como ese sentir originario, que María llama piedad, que es actuar con el otro, sentirlo próximo a uno mismo en un vínculo que no lo hace dependiente, le deja espacio, sustrayéndolo a la invisibilidad y devolviéndole la voz. Para hacer esto es necesario apartar el propio yo, romper la aparente contemporaneidad a uno mismo del presente, entrar en esa circulación de sentido que elimina los confines temporales para convertirse en narración, paso de palabras y gesto. Estar al lado.

Dar testimonio será entonces volver a dar la palabra a quien ya no la tiene, al seguir tejiendo el hilo interrumpido que es la memoria, y asumir de este modo la responsabilidad de pertenecer a un mundo del que se es simultáneamente testigo y creador. En este movimiento se consuma la imagen del saber histórico como representación del pasado según una sucesión de acontecimientos ligados a una ley de causalidad. La historia como continui-

dad se rompe y en su lugar emerge otra imagen del tiempo, discontinua, sagital. En ella no actúa un principio de orden que funde una tradición y regule sobre un plano de persistencia la sucesión de los acontecimientos. Sólo en estas condiciones es posible hablar de herencia no como conservación y transmisión de un saber, un algo sabido. Esto corresponde a la construcción de una tradición que se archiva y se transmite respondiendo ante todo a la ley de la repetición que la hace aprovechable.

Heredar es, por el contrario, recoger y acoger el pasado como tarea para llevar a cumplimiento lo que fue interrumpido, lo que iba a ser y no fue, es sentir la justicia como un compromiso hacia aquellos que ya no están o no están todavía.

Traducción: Carmen Revilla

Manel Margalef
Cases de calç, 1998

